

CAPITULO XLV.

NUEVOS HORRORES.

Ya se hallan los desterrados en la línea equinoccial, á mil quinientas leguas de Cádiz, esto es, en la cuarta parte de su penosa navegacion.

Era el 19 de octubre.

La noche habia sido lluviosa y el calor no tan sofocante como en las anteriores.

Temiendo acaso que no podrian resistirle los presos, se les dejó desclavada la escotilla.

Sin embargo, hubo que lamentar una nueva desgracia.

Cuando todos descansaban de las fatigas del día, cuando ya las frescas brisas de la madrugada comenzaban á enjugar el sudor copioso que brotaba de los descarnados cuerpos de aquellos infelices, vinieron á despertarles los tristes lamentos de un moribundo. Ventura Fernandez, natural de Haras en la provincia de Santan-

der, soltero, de 26 años de edad, comenzó desde su misero camarastro, á pedir auxilio á sus compañeros de infortunio.

Acudieron en efecto; pero no á prestarle socorros de que absolutamente carecian, sino á consolarle con palabras de cariño, y á presenciar su desastrosa muerte.

Un ardor insufrible circulaba por las venas del enfermo, que ya en su terrible agonía, sus labios lívidos y secos demandaban en vano un poco de agua para mitigar la sed que le consumia.

—¡Agua!... ¡agua, por Dios!... que me abraso!

Estas eran las únicas palabras que pronunciaba balbuciente.

Y sus compañeros no podian proporcionarle esta agua salvadora.

Moria el infeliz con todo su conocimiento.

Solicito alargaba la mano á sus compañeros, en ademan supplicante, repitiendo sin cesar:

—¡Agua... agua por Dios!...

Y espiró ahogado por la sed abrasadora.

Debe ser un suplicio horrendo morir de sed.

Al salir el sol fué estraído este segundo cadáver, como el primero, por la escotilla, y prévias las mismas formalidades, botado al agua por el costado de estribor.

¡Otro cadáver insepulto!

¡Otra víctima de los déspotas!

Mientras de este modo iba tragándose el Océano las víctimas de la opresion, solazábanse los prohombres de la dictadura en el palacio de la calle de las Rejas, y brindaban en sus orgias por el triunfo del orden!

Por si la muerte de aquel malogrado jóven no habia afectado suficientemente á sus compañeros, se les hizo presenciar un

acto de bárbarie impropio de la cultura del presente siglo.

A un pobre marinero que habia tenido un leve descuido, se le dieron por orden del capitan veinticinco palos sobre un cañon.

El 23 fueron puestos en libertad los presos por la supuesta conspiracion.

Esto hizo creer que se habia sobreseido la causa, por falta de méritos, ó que tal vez habria sido todo fraguado por el capitan tanto para desplegar un sistema de terror que amilanase á los deportados, y hacer alarde de sus omnímodas y absolutas facultades, como para justificar la conveniencia del bando que han visto nuestros lectores en el precedente capítulo.

Sin embargo de que nada resultó que le pudiera perjudicar, los malos tratamientos siguieron de parte suya y de sus subalternos en tanto extremo, que no pudiendo sufrir por mas tiempo, dirigieron los deportados al comandante del buque la siguiente comunicacion:

«Señor capitan de la fragata *Colon*: Muy señor nuestro: Salvando ante todo el debido respeto, estamos hoy en el caso de recurrir á usted en formal queja. Cuando el hombre, cualquiera que sea la posicion que ocupa, á nadie falta, nadie debe por consiguiente faltarle.

Este, señor capitan, es un axioma que nunca se ha puesto en duda.

Decimos esto porque hace dias que algunos soldados castigan á su placer y por antojo.

Ellos no tienen capacidad bastante para comprender la clase de presos que custodian, que no tenemos nosotros una cátedra para convencerles de que nuestro gobierno no nos ha formado causa,

y que de consiguiente en derecho no puede con razon considerarnos criminales.

Hoy sin motivo han casi fracturado un brazo á uno de los mas infelices de los presos: ayer noche á don Vicente Parrondo le han herido en una mano, y otros hechos de esta especie han ocurrido que no queremos enumerar.

Justo es que ellos cumplan su deber, pero mientras nosotros no faltemos al nuestro y prestemos obediencia, queremos exigir de aquellos *respeto*.

A usted, señor capitan, nos dirigimos para que á todos haga obrar dentro del circulo de su deber, como comandante y gefe principal de la fragata.

Quedamos de usted afectisimos etc.—Vicente Isturiz.—José Gomez Carbonera.—Sabas Mesa y Martin—y otros—24 de octubre de 1848.»

El 25, bien fuese efecto de la anterior carta, ó que era el cumpleaños del capitan, se permitió á los deportados algun desahogo extraordinario dejándoles solazar sobre cubierta, y se les dió un rancho mas abundante y mejor condimentado.

Por la tarde se les suministró gazpacho, que por lo fresco les supo muy bien.

Este corto obsequio que comieron con avidez como si fuera el manjar mas esquisito, escitó su gratitud y su alegría.

Fresco, hé ahí todo su deseo en el estado en que se hallaban; puesto que el escesivo calor que les martirizaba no podia fácilmente mitigarse de modo alguno y á ninguna hora del dia.

El agua que es el consuelo mayor en tales casos, sobre escasear en el buque, la que se les daba se habia corrompido y por

consiguiente era además de mal sana sumamente repugnante.

Desde aquel día se portaron los soldados con mas comedi-
miento.

A los veintidos deportados que iban en clase de oficiales, si bien es verdad que se les daba un escelente trato, tampoco se les permitia subir sobre cubierta á todas horas.

Algunos de estos que intentaron favorecer á sus compañeros, entonces mucho mas desgraciados que ellos, fueron vigilados y descubiertos; y se les previno que si en lo sucesivo volvian á incurrir en semejante *falta*, se les castigaria con toda severidad.

Entre los demás habia algunos clasificados de sargentos; pero estos sufrían la misma suerte que sus camaradas, con la sola diferencia que recibían racion de vino, y muchos de ellos la cambiaban por agua ó tabaco.

Como en todo erraban los mandarines de aquella ominosa época, erraron tambien hasta en la clasificacion de los deportados.

Algunos de los que iban como sargentos y aun como soldados, debían haber sido considerados como oficiales, pues habia entre ellos farmacéuticos, oficiales que habian sido del ejército, comerciantes y artistas que pagaban contribucion al Estado.

Algunos de estos llevaban dinero; pero de nada les servia, porque en el buque no se vendían comestibles, ni otro efecto alguno, á escepcion del agua, tabaco y papel que á precios exorbitantes les suministraban los marineros con grave peligro de ser descubiertos, y castigados con inaudito rigor.

A medida que la navegacion se iba prolongando, iban siendo mas escasos y de peor calidad los alimentos.

El calor siempre insufrible, unido á la manutencion insalubre, y á la escasa ventilacion, hacia que muchos cayesen enfermos, ó

mejor dicho, que se agravasen sus dolencias, pues enfermos lo estaban ya todos; pero aun cuando su enfermedad se agravase, no por eso se tenia con ellos mas cuidado, ni se les destinaba á mejor departamento.

El médico solia visitarles mas por pura fórmula que con objeto de dar alivio á los dolientes.

En una de las visitas quejéronse todos á este profesor, atreviéndose á decirle que él seria el responsable si en el buque se declaraba alguna epidemia ó mal contagioso.

—Ya lo he hecho presente al capitán—les contestó—y me ha dicho que no puede variarse en nada el régimen establecido, hasta que se doble el Cabo de Buena Esperanza.

Faltaban á la sazón todavía dos mil leguas.

Calcúlese cuál seria el dolor de aquellos desgraciados al ver perdidos por tanto tiempo los consuelos que aguardaban.

Como á su embarque en Cádiz no se les habia dicho la clase y porcion de alimento que habian de percibir á bordo, ni persona alguna iba en el buque que celase y exigiese el cumplimiento de lo estipulado entre la casa contratista y el gobierno, resultaba que percibían lo que buenamente queria darles el capitán aunque pereciesen de hambre.

Este solo hecho patentiza el monopolio que se ejercia con aquellos desventurados.

En el diario que de la navegacion redactó uno de ellos, y que merced á la oficiosidad del patriota don Pablo Sabio tenemos á la vista, se leen estas sentidas palabras, que no podemos resistir al deseo de copiarlas testualmente:

«Si algunos de nuestra familia ó amigos, nos vieran comer este inundo y pestífero alimento, enmedio del balance del buque

que tan pronto nos hace caer, como nos derrama el rancho, y de un aire (cuando lo comian sobre cubierta) que muchas veces nos lleva de la cuchara misma el mezquino y repugnante alimento, que, aunque con asco, dirigimos á nuestra boca, lloraria sangre como nosotros, porque otras lágrimas no desahogarian bastante su enternecido corazón; pero nadie nos vé, y este mismo desconsuelo nos agrada, porque no aflige mas que á nosotros mismos.»

¡ Pobres desterrados! vuestra resignacion rayaba en heroismo.

Haciais bien en ahogar vuestras quejas.

Los tiranos se gozan en oír los lamentos de la inocencia.

Kotzebüe ha dicho en una de sus melancólicas composiciones:

En vano el proscrito
siente moribundo
de la sed y el hambre
tormentos agudos.

En vano se queja
de acerbo infortunio;
que el ¡ ay! de la víctima
no ablanda al verdugo.

El 12 de noviembre comenzaron los preparativos en el buque para cuando este arribase al Cabo de Buena Esperanza y tuviese que doblarle.

El 16 empezaron á surcar sus aguas.

Admirable fué para los deportados el cambio de temperatura que advirtieron en un solo día.

De un calor insoportable pasaron á un frío bastante intenso, y hubieron de apelar á las mantas para neutralizarle.

Lo mas admirable de todo era, que aquellos desdichados que tanto sufrían, y que la mayor parte no habian visto mas agua que la que conduce el manso Manzanares, soportasen con tanto va-

lor sus desgracias y los embates del turbulento Océano.

Causaba sorpresa á los mismos marineros, el ver que una vez pasado el mareo de los primeros días, ni uno solo á pesar de la bravura del piélago en aquellas oleadas se hubiese vuelto á marear.

No parecia sino que aquellos denodados mártires de la libertad, en medio de sus mayores infortunios, desafiaban á los implacables tiranos que les arrojáran al furor de los elementos.

Aproximábase el día de la reina y creían los infelices que se les daría algun extraordinario, aunque no fuese mas que la reproduccion del gazpacho que tan bien les supo en el cumpleaños del capitán.

Llegó el día de la reina, y no hubo un solo recuerdo para los deportados.

